

Silvana G. Ferreyra*

↳ La interpretación de José Carlos Mariátegui sobre la Revolución Mexicana

Resumen: En este artículo se analiza la interpretación de José Carlos Mariátegui sobre el carácter de la Revolución Mexicana. En su desarrollo nos preguntamos sobre las causas que explican los cambios que fue sufriendo su visión del proceso. Al respecto indagamos la influencia que ejercieron distintos factores como la dinámica de los hechos revolucionarios mexicanos, el proceso político peruano, las interpretaciones sobre la Revolución de otros intelectuales latinoamericanos y los giros tácticos de la Internacional Comunista. **Palabras claves:** José Carlos Mariátegui; Revolución Mexicana; Internacional Comunista; Perú; Siglo xx.

Abstract: This article studies José Carlos Mariátegui's interpretation of Mexican Revolution character. We analyze the reasons of the changes in his vision of the process. To answer our interrogations we investigate the influence of various factors such as the dynamic of Mexican revolutionary events, the Peruvian political process, the interpretations of the Mexican Revolution of other Latin American intellectuals and the "tactical turns" of the Communist International.

Keywords: José Carlos Mariátegui; Mexican Revolution; Communist International; Peru; 20th Century.

Introducción

La Revolución Mexicana tuvo un influjo directo en el pensamiento de José Carlos Mariátegui y de toda su generación. En este sentido, proliferaron diversas lecturas sobre el curso del proceso mexicano, a la vez que la propia dinámica de la Revolución incidió en las reflexiones políticas e ideológicas de un importante grupo de intelectuales latinoamericanos, al que el Amauta no era ajeno. Según Melgar Bao (1982: 87), la "traductibilidad histórica" de un acontecimiento revolucionario externo y afín como el mexicano, más que expresar una función pasiva, es decir, asimilación formal y mecanicista, por parte de las clases sociales, de sus diversas generaciones y de las capas de intelectuales orgánicos que las representan, desarrolla una función creadora, heurística, de las contra-

* *Silvana G. Ferreyra es licenciada y profesora en Historia. Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el Centro de Estudios Históricos de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. Es miembro del Grupo de Estudios Latinoamericanos y del Grupo de Movimientos Sociales y Sistemas Políticos de la Argentina Moderna. Sus investigaciones se han concentrado en la trayectoria intelectual de José Carlos Mariátegui y en la historia del Partido Socialista en la Argentina.*

dicciones fundamentales de la sociedad y de las tendencias y formas de resolución de las mismas. Partiendo de esta sugestiva idea, nos interrogaremos a continuación sobre la asimilación heterogénea y contradictoria que Mariátegui, como intelectual orgánico peruano, efectuó de la Revolución Mexicana para enriquecer su análisis sobre la realidad nacional, a la vez que observaremos cómo la visión de un proceso externo siempre atraviesa un prisma conformado por las reflexiones nacionales e internacionales.

Nos centraremos en la interpretación de Mariátegui sobre la naturaleza y el carácter de la Revolución Mexicana, efectuando el estudio en dos planos que, aunque analíticamente escindibles, aparecen imbricados en la realidad. En primer término, una dimensión objetiva, que atiende a las modificaciones de las interpretaciones derivadas de la dinámica de los hechos revolucionarios en México (cambios de liderazgos, nueva legislación, luchas sociales) y del proceso político peruano. En segundo lugar, un enfoque intersubjetivo, donde se atiende a las influencias recíprocas que se producen entre los distintos intelectuales que conforman el tejido de las lecturas sobre la Revolución Mexicana. Respecto de este último punto, nos interrogaremos especialmente sobre la incidencia de los virajes de la Internacional Comunista. En cierta forma, estos virajes se correspondieron con la incidencia de otros procesos históricos mundiales, tales como la Revolución Rusa o la Revolución China, que terminaron repercutiendo sobre las maneras de pensar la Revolución Mexicana.

Las preguntas centrales que guiarán nuestra investigación son: ¿cuál fue la caracterización de José Carlos Mariátegui sobre la naturaleza y el carácter de la Revolución Mexicana? ¿Qué rasgos de dicha interpretación fueron compartidos por otros intelectuales y políticos comunistas de su generación y cuáles se constituyeron como elementos específicos de su pensamiento? ¿Cómo se fue modificando esta interpretación del proceso mexicano en el pensamiento mariateguiano a lo largo de la década del veinte? ¿Por qué se produjeron estos cambios? ¿En qué medida incidieron en las variaciones de su visión sobre la Revolución Mexicana los propios cambios de rumbo del proceso revolucionario, la realidad política peruana y los giros tácticos de la Internacional Comunista?

El proceso revolucionario en México y sus repercusiones

El curso de la Revolución Mexicana se inició en 1910 con la aparición de Madero portando la bandera antirreeleccionista, a la cabeza de un movimiento cuyas expresiones no se limitaban al ámbito de lo político, sino que se extendían hacia la esfera de lo social, en particular, en cuanto a lo asociado con el problema de la tierra. Sin embargo, la Revolución Mexicana no fue considerada “seriamente” como revolución por los intelectuales latinoamericanos hasta 1917 (Funes 2006: 14). Al respecto, pueden ensayarse varias explicaciones, tales como que la traición de Madero al art. 3 del Plan San Luis Potosí o, quizás más decididamente la reacción de Huerta, opacaron el avance transformador. Desde otra óptica, podríamos suponer que fue recién con la asunción de Carranza y la proclama de la Constitución de Querétaro cuando el proceso tomó ribetes realmente revolucionarios para la mayoría de los observadores, aunque el obligatorio repliegue del zapatismo y del villismo no brinde indicios en el mismo sentido. Con todo, la Revolución Rusa parece haber sido el principal incentivo para leer el proceso mexicano como revolución. Según Patricia Funes,

La Revolución Rusa conmovió las viejas certidumbres potenciando el valor de las ideologías para transformar las sociedades. La Revolución Mexicana (previa en el tiempo pero de ponderación más tardía) mostraba la factibilidad histórica concreta (y con un estilo originalmente latinoamericano) de quebrar el orden oligárquico a partir de un movimiento de masas. Si bien la derrota de Zapata y de Villa es, en los veinte, un hecho consumado, el proceso revolucionario, por abierto y no cristalizado, se erige en una preocupación central de la discusión política de la década. Uno y otro caso mostraban la vitalidad de determinados procesos sociales frente a lo “decadente” del orden estructurado hasta la Primera Guerra. Ambas revoluciones trazaban la arquitectura para pensar nuevas sociedades (Funes 2006: 50).

En este marco, conviene agregar la incidencia de la Reforma Universitaria de 1918, que concretó la esperanza de la juventud como sujeto del cambio, sostenida de manera metafórica por Rodó en el *Ariel*. De esta forma, el triángulo conformado por la Revolución Mexicana, la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria generó en los años veinte un ambiente latinoamericano particularmente sensible para imaginar sociedades más justas, libres y prósperas frente al mensaje de decadencia e irracionalidad que propagaba Europa.

Siguiendo lo antedicho, al centrarse en el ámbito de la interpretación que sobre la Revolución Mexicana nos dejó un intelectual latinoamericano, este trabajo recortará su horizonte cronológico en la década del veinte. Los escritos que hemos consultado de José Carlos Mariátegui se inician en 1922¹, aunque se intensifican desde 1926, año a partir del cual ampliaremos el panorama hacia otras lecturas que entablaron diálogo con la del Amauta. Por supuesto, la línea de tiempo de los relatos que se desenvuelven en los ensayos suele extenderse más allá de su fecha de publicación, incluyendo caracterizaciones de los procesos encabezados por Porfirio Díaz, Madero, Zapata, Villa, Huerta y Carranza. No obstante, recién los gobiernos de Obregón, Calles y Portes Gil serán objeto de un análisis más pormenorizado. El punto final de la indagación fue colocado en el año 1930, con el fallecimiento de José Carlos Mariátegui. Entonces, el período delimitado comprende aproximadamente la etapa de la dinastía sonorensis en México y el “oncenio leguista” en Perú.

En México, dicha época corresponde al “período de estabilidad” que se abre con el gobierno provisorio de Adolfo de la Huerta y se consolida con la presidencia de Obregón. La “estabilidad” se logró, en parte, a partir de la muerte de dos de los líderes revolucionarios más vinculados con el movimiento de masas: Emiliano Zapata (1919) y Pancho Villa (1923).

Por otra parte, la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) y su brazo político, el Partido Laborista, se convertían en uno de los más firmes sostenes de los sonorenses. La CROM apoyó la candidatura de Obregón en 1919, y el pacto que celebraron dio principio a un largo período de relaciones estrechas entre el movimiento obrero organizado y la coalición norteña de caudillos revolucionarios. A pesar de que Obregón

¹ Los trabajos del período anterior, al que el propio Mariátegui denominó como su “edad de piedra”, merecerían un análisis aparte. No los hemos incluido en este artículo porque no se vinculan de modo directo con la problemática central que nos ocupa. De cualquier modo, creemos que vale la pena mencionarlos como referencia: “Figuras teatrales” y “La esperanza iris”, en: *La Prensa* (febrero 1915); “Del momento” y “La nostalgia de Huerta”, en: *La Prensa* (abril 1915); “Cartas a X” y “Glosario de las cosas cotidianas”, en: *El Tiempo* (julio 1916).

no cumplió al pie de la letra el pacto celebrado, hubo señales inequívocas de patrocinio que consolidaron a la CROM como la organización que representaría en adelante los intereses de los obreros. Asimismo, la CROM siempre fue vista con buenos ojos por la American Federation of Labor, que tenía interés en avalar la conducta reformista que impulsaba las acciones de los líderes de esta central obrera. La CROM sirvió además como instrumento del gobierno central para delimitar las fuerzas de acción de los poderes regionales, aunque con éxitos parciales, sobre todo por la falta de apoyo de obreros y campesinos de ciertas regiones y por la creciente tensión entre Obregón y Calles.

También, aunque limitado, se impulsó un reparto de tierras que apuntaba a consolidar la pequeña propiedad. En la misma línea moderada, se buscó reestablecer buenas relaciones con el gobierno norteamericano. De esta forma, a cambio del reconocimiento al gobierno de México, éste aceptó la deuda externa y en 1923 se firmaron los tratados de Bucareli, en los cuales los mexicanos se comprometieron a no expropiar bienes norteamericanos o, en su defecto, a pagarlos en efectivo. Estas relaciones mejoraron aún más cuando en 1927 el gobierno de Calles negó el carácter retroactivo del artículo 27 de la constitución de Querétaro, el cual amenazaba la propiedad extranjera de tierras y minas.

No obstante, el gobierno de Obregón lanzó una decidida campaña contra la propaganda anti-revolucionaria que los “yanquis” se encargaban de difundir por toda Latinoamérica. México alcanzó uno de los momentos cumbres de su proyección latinoamericana entre 1920 y el final de la década. Este impulso en los inicios de la década estuvo asociado al ascenso político de Vasconcelos como rector de la UNAM y después como secretario de Educación Pública. Pablo Yankelevich (2003; 2006) investigó las actividades propagandísticas del gobierno mexicano tomando en consideración tanto los contactos con reconocidos intelectuales latinoamericanos² como los viajes de conferencistas y diplomáticos, los *attachés* universitarios en el servicio de exterior mexicano y la organización de congresos a nivel continental, entre otras estrategias. Si bien la mayoría de estas actividades tuvieron como epicentro Brasil, Uruguay, Chile y, especialmente, Argentina, varios hechos merecen ser destacados para el caso del Perú.

Mientras se desarrollaban las fiestas del Centenario en México, el gobierno de Obregón encomendó a Antonio Caso, quizás una de las figuras intelectuales más prestigiada de entonces, la realización de un viaje cultural que lo llevó a Lima y a otras capitales de Sudamérica (Yankelevich 1997: 56). Para ese entonces se vivía en Perú un clima de eferescencia social. Entre 1918 y 1919 tuvo lugar una serie de acontecimientos conocidos como el “bienio rojo peruano”, el cual se inició con la lucha por la jornada de ocho horas, siguió un año después con la “Huelga del Hambre” y la conformación del Comité proabaratamiento de las subsistencias, y culminó –pese a una sangrienta represión– en la fundación de la Federación Obrera Regional de Lima. Asimismo y pese a que en su etapa inicial el gobierno de Leguía se apoyó en la pequeña burguesía urbana y otorgó numerosas concesiones al movimiento obrero y campesino como estrategia para desarticular a la aristocracia civilista, su ascenso marcó el inicio de una ola de rebeliones indígenas en el Sur (1919-1923), motivadas centralmente por una coyuntura económica desfavorable. A la par de estas movilizaciones, se producía un proceso de radicalización de las clases

² Yankelevich se centró en las figuras de Manuel Ugarte, José María Vargas Vila, José Ingenieros, José Santos Chocano, Alfredo Palacios, Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui

medias, las cuales pretendían la apertura del régimen político. Justamente las conferencias de Caso alentaron el desarrollo de una acción política de cuño opositor al estado de cosas vigente. En particular, motivaron una amplia movilización por la reapertura de la Universidad de San Marcos, clausurada meses antes por decisión de un cuerpo de profesores opuestos tanto al intervencionismo del presidente Augusto Leguía como al reformismo de un sector de estudiantes encabezado por Haya de La Torre y Luis Alberto Sánchez. En esa oportunidad, ambos dirigentes estudiantiles fueron los principales receptores del mensaje de Caso, al punto que se encargaron de la organización de la delegación peruana para participar del “Primer Congreso Internacional de Estudiantes”, celebrado en México entre septiembre y octubre de 1921.

Al respecto, la corriente del reformismo universitario tuvo un considerable impacto en el Perú, que se tradujo en un hecho tan importante como la fundación de la Universidad Popular González Prada en 1921, emprendimiento al que Mariátegui se sumará al regreso de su “viaje-exilio” europeo en 1923. En ese mismo año, la movilización en contra de la proclamación del Perú al Sagrado Corazón de Jesús será un signo del giro a la derecha del leguismo, a la vez que determinará el exilio de Haya de la Torre en México. Una vez allí, Haya trabajó como secretario particular de Vasconcelos, impartió conferencias en la Universidad Nacional y en otros sitios, y tomó contacto con sectores intelectuales de México y de otros países de América Latina. En 1924 fundó el APRA, frente antiimperialista de los trabajadores manuales e intelectuales, muchos de cuyos integrantes se expresaron en las páginas de *Amauta*, revista creada en 1926 y dirigida por José Carlos Mariátegui. Algunos de ellos fueron articuladores destacados entre el ámbito peruano y mexicano, tales como Esteban Pavletich, Blanca Luz Brum, José Malanca, Oliverio Gironde, Carlos Manuel Cox, Magda Portal, Serafín del Mar. Todos ellos se encargaron de transmitir al director de *Amauta* los entretelones de la situación mexicana y se ocuparon, en diferentes momentos, de difundir las ediciones de Lima (Beigel 2006: 230). Otros colaboradores destacados de la revista, aunque más decididamente vinculados al ámbito mexicano, fueron el propio Vasconcelos, Gerardo Murillo, Jesús Silva Herzog y Tina Modotti.

Para esa época, Obregón ya había sido sucedido por Calles, cuyo gobierno será recordado por el duro conflicto que mantuvo con la iglesia, siendo su manifestación más álgida la guerra cristera entre 1926 y 1929. Al mismo tiempo, en 1927 nuevamente una revolución desatada fuera de los confines latinoamericanos modificaría la percepción de la realidad en América Latina. La ruptura del Kuomintang en la Revolución China, a raíz de la traición de Chang-Kai-Shek, generó una polémica dentro de la Internacional Comunista sobre la conveniencia de la constitución de frentes antiimperialistas junto con la burguesía y pequeña burguesía nacionales. Las repercusiones de este debate llevaron al cambio de la estrategia de “frentes únicos” hacia “clase contra clase”, así como a la ruptura con el APRA, en el ámbito internacional, latinoamericano y peruano. Los principales contendientes fueron el comunista cubano Julio Antonio Mella, principal opositor de Haya de la Torre en el marco del Congreso Antiimperialista de 1927 en Bruselas, y José Carlos Mariátegui, quien promovió la separación del APRA de un importante grupo de revolucionarios peruanos. En 1928 este núcleo escindido creaba el Partido Socialista Peruano, organización que participó en la Iª Conferencia Comunista Latinoamericana en Buenos Aires durante 1929.

En ese mismo año el principio de no reelección era derogado en México para hacer posible la candidatura de Obregón a la presidencia. Pero su asesinato iba a imponer un

rumbo distinto. Para afrontar la crisis gravísima que la ausencia de Obregón desencadenaba en la dirigencia revolucionaria, Calles emprendió la despersonalización del orden político mediante la creación del Partido Nacional Revolucionario. Portes Gil fue el primer presidente de este período conocido como Maximato (1928-1934) y tuvo una política de decidida enemistad con la CROM. Además, concilió con la Iglesia y rompió relaciones con la URSS, entre otros actos de gobierno que indican un viraje hacia la derecha del proceso revolucionario.

En síntesis, en este apartado hemos intentado destacar algunos rasgos del proceso histórico durante los años veinte en México y Perú, así como un breve paneo del los hitos más destacados del escenario mundial para el movimiento comunista internacional. Nuestro objetivo fue repasar una base fáctica para proceder *a posteriori* al análisis de la interpretación mariáteguiana de la Revolución Mexicana, entablando así vínculos entre las prácticas políticas y las discursivas, entre los hechos y los ecos.

Las interpretaciones sobre el carácter y la naturaleza de la Revolución Mexicana

El problema de la naturaleza de la revolución es un tópico que Enrique Manzo asoció con los debates propios de la primera generación de intérpretes de la Revolución Mexicana. La obra de Mariátegui, identificable en este grupo, no fue de ningún modo ajena a este interrogante. Según Manzo,

La historiografía de la década de 1910 había distinguido ya entre una *revolución social* y una *revolución política*, pero a partir de los años veinte muchos estudiosos no dudaron en señalar la mayor importancia de la primera sobre la segunda (Guerra Manzo 2006: 58; el destacado es nuestro).

Sin duda, también era ésta la caracterización que compartía Mariátegui:

La *bandera antireeleccionista era una bandera contingente*, alrededor de ella se concentraban todos los descontentos, todos los explotados, todos los idealistas (Mariátegui 1984a: 284; el destacado es nuestro).

En otro tramo, lo explicita con mayor claridad:

La palabra revolución ha perdido en América, en un siglo de motines y pronunciamiento, la acepción que reivindica para ella la historia contemporánea. Así, por pura rutina verbal, se llama ahora movimiento revolucionario al movimiento reaccionario que capitanea en México el General Arnulfo Gómez. Aparentemente las candidaturas de Serrano y Gómez, nacían del anhelo de mantener incólume uno de los principios de la Revolución Mexicana, el de la no reelección. [...] Pero en verdad, ésta no es la reivindicación capital de la Revolución Mexicana, fue su palabra de orden inicial. Nada más. Derrocado Porfirio Díaz, *la Revolución ensanchó su significación y dilató su horizonte*. La constitución de 1917 incorporó, definitivamente, en su programa dos puntos fundamentales: *la nacionalización de la propiedad de la tierra y el reconocimiento de los derechos del trabajo*. A partir de entonces, la Revolución adquirió el contenido social y la misión histórica que señalan su rumbo en la etapa abierta por el Gobierno de Obregón. Por esto, sus jefes tienen que atender hoy más a sus principios sociales que a su lema político (Mariátegui 1986b: 31; el destacado es nuestro).

De esta forma, Mariátegui se alejó de aquellas interpretaciones del proceso mexicano que enfatizaban la lucha por el poder abierta entre diferentes facciones y caudillos. Por el contrario, tres elementos aparecían como centrales para el Amauta a la hora de definir lo ocurrido en México como revolución social, dos de ellos ya mencionados en la cita anterior: la nacionalización de la propiedad de la tierra y el reconocimiento de los derechos del trabajo. Agregaba además otro dato clave, la emoción revolucionaria de las masas. Así, al señalar los elementos positivos del movimiento mexicano, resaltaba:

El movimiento político que en México ha abatido al porfirismo, se ha nutrido, en todo lo que ha importado avance y victoria sobre la feudalidad y sus oligarquías, del *sentimiento de las masas*, se ha apoyado en sus fuerzas y ha estado impulsado por un indiscutible *espíritu revolucionario* (Mariátegui 1984i: 302; el destacado es nuestro).

En cuanto al debate sobre el carácter de la revolución, conviene introducirlo a partir de la visión que Mariátegui tenía de algunos de sus líderes. Uno de los elementos más llamativos en sus textos es la ausencia de un análisis centrado en Emiliano Zapata, más aún considerando el importante lugar que le otorgaba al problema de la tierra y al movimiento campesino en su análisis sobre la realidad peruana. Inclusive llama la atención el escaso número de menciones al líder agrarista, a quien nombró sólo dos veces en trece textos relevados. El lugar secundario que le asignó no parece ser una particularidad de su análisis, sino que también, aunque con distintos matices, fue una posición compartida por sus contemporáneos. Los protagonistas de los textos mariateguianos sobre la revolución suelen ser los conductores de cada gobierno revolucionario: Madero, Carranza, Obregón, Calles y Portes Gil. No parece probable adjudicar la marginalidad a la reproducción de una visión transmitida por los canales oficiales, ya que, como hemos mencionado, Mariátegui tenía en México varios informantes clave. No obstante, es posible que, frente al avance de la propaganda contrarrevolucionaria, el Amauta intentase no profundizar en la caracterización de las fisuras internas del proceso revolucionario, al menos hasta que en los últimos años acabara considerando que el proceso mexicano había dado un giro hacia la derecha.

A efectos de completar el panorama detengámonos entonces en la percepción que Mariátegui tenía de estos gobernantes, así como de su obra de gobierno. Cronológicamente comencemos por Madero, quien según un artículo escrito por Mariátegui en 1924 fue el caudillo que vino a despertar a las masas de su letargo durante la era porfirista.³ En su relato, fue uno de los héroes de la revolución, aunque queda implícitamente claro que se trata más de un reconocimiento a lo que generó que a su propia causa. Así lo colocó en una curiosa línea revolucionaria junto con Zapata, Carrillo y Obregón.⁴ Pero a partir de 1929, su percepción se modificó claramente, al pasar de la homologación con Zapata a su enfrentamiento. En sus palabras: “Madero, después de haber derrocado a Porfirio Díaz, no supo comprender las reivindicaciones de Zapata” (Mariátegui 1984g: 298).

³ “Los alentaba el letargo y la anestesia de las masas, transitoriamente desprovistas de un animador, de un caudillo [...] Cuando se aproximaba el fin del séptimo período de Porfirio Díaz apareció el caudillo” (Mariátegui 1984a: 284).

⁴ “Obregón queda definitivamente incorporado en la epopeya de su pueblo, con los mismos timbres que Madero, Zapata y Carrillo” (Mariátegui 1984c: 289).

Algunos meses después Madero aparecía asociado a un juicio decididamente lapidario:

la experiencia histórica iniciada en México por la insurrección de Madero y el derribamiento de Porfirio Díaz, suministra al observador un conjunto precioso y único de pruebas de la ineluctable gravitación capitalista y burguesa de todo movimiento político dirigido por la pequeña burguesía, con el confusionismo ideológico que le es propio (Mariátegui 1984i: 299-300).

Por el contrario, Obregón parece ser el único dirigente que se mantuvo incólume en la interpretación de Mariátegui, mientras que Carranza era criticado desde un principio. En el mismo texto que exaltaba a Madero, escribía sobre Carranza:

Carranza, elegido presidente, carecía de condiciones para realizar el programa de la revolución. Su calidad de terrateniente y sus compromisos con la clase latifundista lo estorbaban para cumplir la reforma agraria. El reparto de tierras, prometido por la revolución y ordenado por la reforma constitucional, no se produjo. El régimen de Carranza se anquilosó y se burocratizó gradualmente (Mariátegui 1984a: 286).

Obregón, quien también poseía una importante cantidad de tierras en el estado de Sonora, nunca fue denunciado al respecto. Por el contrario, Mariátegui señalaba que

Obregón inició un período de realización firme y sagaz de los principios revolucionarios, apoyado en el partido agrarista, en los sindicatos obreros y en los intelectuales renovadores. [...] El Estado, con su gobierno, se proclamó y sintió órgano del pueblo, de modo que su suerte y su gestión dejaban de depender del prestigio personal de un caudillo, para vincularse estrechamente con los intereses de las masas (Mariátegui 1984c: 289).

No obstante, en la descripción que poco después efectuó sobre las bases de los gobiernos de la dinastía sonorensis se observaba un importante cambio respecto a la caracterización anterior. Mariátegui sostenía:

Durante los gobiernos de Obregón y Calles, la estabilización del régimen revolucionario había sido obtenida en virtud de un pacto tácito entre la pequeña burguesía insurgente y la organización obrera y campesina para colaborar en un terreno estrictamente reformista. Podía seguirse usando contra los ataques reaccionarios, una fraseología radical, destinada a mantener vivo el entusiasmo de las masas. Pero todo radicalismo debía, en realidad, ser sacrificado a una política normalizadora, reconstructiva. Las conquistas de la revolución no podían ser consolidadas, sino a este precio (Mariátegui 1984f: 291).

Este sesgo algo negativo, nunca llegó a opacar totalmente en su discurso la figura de Obregón. Para evidenciar los matices entre las diversas valoraciones, confrontémoslas con las declaraciones de Jules Humbert Droz en la Iª Conferencia Comunista Latinoamericana:

La política de Obregón y Calles fue la de desarrollar y fortificar a la burguesía agraria y llegar a un compromiso con el imperialismo. Los campesinos fueron desarmados, los tribunales de apelación devolvieron la tierra a los antiguos terratenientes. Las relaciones con el imperialismo mejoraron gracias a la política capitulacionista del gobierno mexicano (SSA de la IC 1929: 95).

Para Mariátegui, si bien la valoración de Calles es algo ambigua, esta situación que describe Droz recién se hará realidad con el ascenso de Portes Gil: “Pero desde que, develada la insurrección militar, el gobierno interino de Portes Gil ha virado rápidamente a la derecha, se ha producido un desplazamiento de fuerzas” (Mariátegui 1984h: 298).

Entonces para el Amauta fue el asesinato de Obregón lo que facilitó a las fuerzas de la derecha el acceso al poder. Eudocio Rabines, militante comunista en ese entonces, consideraba por el contrario que el embrión de la reacción ‘termidoriana’ ya se escondía en la segunda candidatura de Obregón:

Revolucionario militante primero, propulsor de las reformas y transformaciones condicionadas por la revolución, después, surgía nuevamente como el hombre del Termidor.[...] El Termidor que Obregón no pudo realizar, debuta con Portes Gil y será consolidado por su sucesor (Rabines 1929: 3).

Precisando nuestros interrogantes iniciales, se desprende una pregunta de estas caracterizaciones: ¿los cambios en las opiniones de Mariátegui sobre los líderes de la revolución responden simplemente a una modificación en la realidad del proceso mexicano o intervienen también en ellos las opiniones de sus contemporáneos y, en especial, los giros tácticos de la Internacional Comunista? Para completar el panorama que construimos hasta el momento, donde repasamos los principales sucesos en Perú y México y, posteriormente, las descripciones que efectuó de algunos líderes revolucionarios, transcribiremos algunas de las definiciones más teóricas que Mariátegui vertió sobre el proceso mexicano:

Las formas políticas y sociales vigentes en México no representan una *estación* del liberalismo sino *del socialismo*. Cuando el proceso de la revolución se haya cumplido plenamente, el Estado mexicano no se llamará neutral sino socialista (Mariátegui 1984c: 288; el subrayado es nuestro).

El Estado mexicano no era, ni en la teoría ni en la práctica, un Estado socialista. La revolución había respetado los principios y las formas del capitalismo. *Lo que este Estado tenía de socialista consistía en su base política obrera* (Mariátegui 1984f: 292; el subrayado es nuestro).

Puesto que la revolución mexicana se encuentra en su *estadio de revolución democrático-burguesa*, Vasconcelos puede significar contra la tendencia fascista que se acentúa en el Partido Nacional Revolucionario, un período de estabilización liberal (Mariátegui 1984h: 298; el subrayado es nuestro).

El movimiento político que en México ha abatido al porfirismo, se ha nutrido, en todo lo que ha importado avance y victoria sobre la feudalidad y sus oligarquías, del sentimiento de las masas, se ha apoyado en sus fuerzas y ha estado impulsado por un indiscutible espíritu revolucionario. Es bajo todos estos aspectos, una extraordinaria y aleccionadora experiencia. Pero el carácter y los objetivos de esta revolución, por los hombres que la acaudillaron, por los factores económicos a los que obedeció y por la naturaleza de su proceso, son lo de una *revolución democrático-burguesa*. El socialismo no puede ser actuado sino por un partido de clase; no puede ser sino el resultado de una teoría y una práctica socialistas. [...] Los políticos de la revolución mexicana, bastante diferenciados entre ellos por otra parte, se muestran

cada día menos dispuestos a proseguirla como revolución democrático- burguesa. Han dado ya máquina atrás. Y sus teóricos nos sirven, en tanto, con facundia latinoamericana, *una tesis del Estado regulador, del Estado intermedio, que se parece como una gota de agua a otra gota a la tesis del Estado fascista* (Mariátegui 1984i: 302; el subrayado es nuestro).

Antes de identificar las modificaciones en la posición de Mariátegui, conviene efectuar otro paréntesis para hacer una brevísima reseña sobre las estrategias de la Internacional Comunista en estos años. En 1921 se imponían los frentes únicos, ligados a los períodos de avance contrarrevolucionario como el inaugurado tras la derrota de la revolución en Alemania. Los mismos implicaban una alianza entre las distintas tendencias políticas vinculada a las masas trabajadoras, sin perjudicar la independencia de las organizaciones respectivas. A partir del Quinto Congreso Mundial en 1924, y a raíz de la experiencia china, esta política se extendió en los países coloniales hacia la constitución de “frentes unidos antiimperialistas” que incluían a la burguesía y pequeña burguesía nacional. Al respecto, no existe un acuerdo completo sobre la fecha exacta del abandono de esta táctica y el consiguiente giro hacia la izquierda en la estrategia del Comintern. Algunos autores marcan 1927 como momento clave, a partir de la sangrienta derrota del Kuomintang en la Revolución China. Otros especialistas lo ubican en 1928, durante el VI Congreso, señalando como evidencia el tono de sus resoluciones: la caracterización de la situación mundial del capitalismo como de “estabilización precaria”, la identificación de la socialdemocracia con uno de los peores enemigos de la clase obrera y la descripción de su ala izquierda como la fracción más perniciosa, limitándose el frente único a la colaboración con las bases. Pero son estas mismas tesis las que le permiten a Milos Hajek (1977) demostrar un compromiso tenso entre Stalin y Bujarin en este Congreso, rispidez que sólo se resolverá en la segunda mitad de 1929 a favor del estalinismo. En el VI Congreso, pese a la orientación política hacia la crítica de la socialdemocracia, la noción de social-fascismo fue descartada por su carácter extremadamente ofensivo. El estalinismo recién logrará imponer este concepto a partir del Xº Plenum (julio 1929). En América Latina, la 1ª Conferencia Comunista, celebrada en Buenos Aires en junio de 1929, aún muestra el enfrentamiento entre las tesis bujarinistas, representadas por Droz, y las estalinistas, sostenidas por Codovilla, registrándose incluso un clima propicio para el debate.

Estos datos y la evidencia desplegada nos llevan a sostener como hipótesis central que las modificaciones en la caracterización de Mariátegui sobre el proceso mexicano tienen una correspondencia bastante directa con los giros de la Internacional. De esta forma, observamos en 1926 una visión optimista, pues ubicó al gobierno mexicano en un camino hacia el socialismo. En enero de 1929 limitó esta faceta socialista a la base obrera, evidenciándose ya una crítica a la pequeña burguesía. En el mismo artículo reforzaba esta idea afirmando:

Con la ascensión de Portes Gil se quiebra el frente popular que gobernaba México [...] Tiene, por esto, mucha trascendencia y significación el esfuerzo que despliegan varias organizaciones obreras revolucionarias, independientes de la CROM, por establecer un frente único proletario, que comprenda todos los sectores activos a través de una asamblea nacional campesina. El grito de orden del partido comunista y de las agrupaciones obreras y campesinas que lo siguen es éste: ‘Viva la CROM! ¡Abajo su comité central!’ Todas las fuerzas obreras son llamadas en auxilio de la CROM, en su lucha contra la ofensiva reaccionaria (Mariátegui 1984f: 292-293).

De esta caracterización, típica del período de frente único, pero a la vez heredera de la desconfianza hacia la pequeña burguesía nacional que dejó en los comunistas la Revolución China, pasó hacia un posicionamiento más rígido totalmente identificable con el lenguaje del “tercer período”. En septiembre de 1929 describió a la Revolución Mexicana en su estadio de revolución democrático-burguesa, utilizando un vocablo asociado a la tesis etapista, visiblemente diferenciado del carácter más procesual que denotaba la idea de “estación” utilizada en 1926. Tanto en el texto de 1929 como en el de 1930 aparece la identificación del nuevo curso de la política mexicana con el fascismo, epíteto que como mencionamos es el que utilizará el estalinismo para caracterizar a la socialdemocracia durante la estrategia “clase contra clase”.

Cabe aclarar que el cambio en la lectura del Amauta también coincidió con la ruptura con el APRA, proceso que, aunque con incidencia de elementos internos, tampoco fue ajeno a los giros de la Internacional Comunista.⁵ Por un lado era evidente la conexión con la situación china, ya que los propios apristas homologaban su proyecto con el Kuo-mintang. En octubre de 1927, el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista (SSA de la IC), tras la publicación del libro de Haya de la Torre sobre *El antiimperialismo y el APRA* y a posteriori de la polémica suscitada en febrero de 1927 en el Congreso Antiimperialista de Bruselas, alerta en su publicación *La Correspondencia Sudamericana*:

La cita del Kuo-Min-Tan que se menciona para justificar la constitución del APRA conduce justamente a lo contrario, si es que se atiende objetivamente a los hechos, y no leguleyescamente a las palabras. Es un block en el que entra el partido comunista chino, fuerzas campesinas, pequeños burgueses y burguesía. Ese block llena una función fundamental en la revolución china, pero sin partido comunista, no hay victoria revolucionaria: es la lección deducida de la traición de Chan-Kai-Shek, que refleja solamente el miedo de la burguesía china al desarrollo de la revolución. Substituir al partido de la revolución con un conglomerado de frente único es una tentativa revisionista, antileninista, que obedece al ilusionismo de que es posible la operación revolucionaria sin el partido comunista (SSA de la IC 1927: 3).

A continuación, en el mismo editorial sugieren que el APRA pretendía constituirse como un partido, ya que si su intención era simplemente la de constituir un frente, resultaba llamativo que no se fusionase directamente con la Liga Antiimperialista. La sospecha era clara, por eso denunciaban: “So pretexto de no caer en la copia mecánica de lo europeo se evita buscar la coordinación mundial lógica de todo el movimiento revolucionario” (SSA de la IC 1927: 5.). Una crítica del mismo tono, aunque conectándolo con la situación mexicana, se vislumbraba en las palabras de Mariátegui, ya consumada la ruptura:

México hizo concebir a apologistas apresurados y excesivos la esperanza tácita de que su revolución proporcionaría a la América Latina el patrón y el método de una revolución socialista, regida por factores esencialmente latinoamericanos, con el máximo ahorro de teoriza-

⁵ Jorge Falcón (1980) también resalta la incidencia de la ruptura con el aprismo en la caracterización de Mariátegui sobre la Revolución Mexicana aunque, probablemente a raíz de su vinculación orgánica con el PC, no señala las modificaciones que los giros tácticos de la Internacional van imponiendo a la lectura del proceso revolucionario.

ción europeizante. Los hechos se han encargado de dar al traste con esta esperanza tropical y mesiánica (Mariátegui 1984i: 300).

Un ejemplo de la interconexión del nuevo curso de la Revolución Mexicana y la ruptura con el APRA es el caso de Esteban Pavletich. Tras enviar una carta al Partido Comunista de México, firmada a título de la Secretaría General del APRA (Sector del Caribe y de la Sección Mexicana), solidarizándose frente a la represión ordenada “por el gobierno de la pequeña burguesía nacional”, Pavletich recibió el repudio de un importante número de compañeros apristas, lo que lo impulsó a hacer pública su separación de la célula peruana del APRA en México (Pavletich 1929a). Blanca Luz Brum, peruana y asidua visitadora de México, también se vio obligada a efectuar una declaración pública:

Yo no he sido nunca aprista; es cierto que he militado en las filas revolucionarias del Perú, con las que he tenido cierto contacto el partido aprista, pero del cual se han muy bien e inteligentemente desligado gracias a la buena orientación que en ese sentido ha dado el camarada Mariátegui (Brum 1929: 24).

Justamente, en la separación del grupo de peruanos “orientados” por Mariátegui la Internacional habría incidido de manera más directa que mediante declaraciones y denuncias. En virtud de la alocución de Portocarrero, uno de los delegados peruanos en la Conferencia de Buenos Aires, habría existido una comunicación explícita de la III Internacional al respecto. En palabras de Portocarrero:

¿Por qué ha surgido este Partido Socialista? Cuando llegó al Perú la resolución del Comintern sobre el APRA, nos decía claramente que el proletariado debía constituir un partido y si mal no recuerdo, un partido socialista. Se decía que el proletariado debía trabajar para que los equivocados dentro del APRA fueran atraídos hacia la Liga Antiimperialista, y así lo hemos hecho (SSA de la IC 1929: 155).

Sin embargo, y pese a las sobradas muestras de obediencia en este punto, la Internacional Comunista acusaba a Mariátegui de considerar la Revolución Mexicana en particular, y latinoamericana en general, como revolución socialista, mientras que las tesis oficiales la caratulaban como democrático-burguesa. La crítica más explícita y punzante aparece firmada por L.F.B. y es publicada en *Labor*, periódico dirigido por el propio Mariátegui, lo cual demuestra la amplitud de criterio que guiaba al Amauta. Allí el autor que se escondía tras la sigla, señalaba:

Decir revolución agraria, en un escenario casi o totalmente feudal, como el de América, supone el carácter democrático burgués de tal revolución, según la denominación de los modernos marxistas. Este punto de vista que nosotros suscribimos ayuda a interpretar debidamente la revolución mejicana y ayudará a plantear sin equívocos los postulados de las próximas revoluciones. *En ello diferimos de nuestro estimado compañero, el director de esta revista, que aceptando el calificativo de agraria y antiimperialista de la futura revolución, le supone un fundamento y una calidad socialistas.* Este carácter sólo puede aparecer posteriormente y el deber de los verdaderos revolucionarios es el de apresurar esta transformación y si numerosos elementos socialistas, en primer término, el proletariado, colaboran al triunfo de la revolución agraria, no es menos cierto que ello no es bastante, como no fue en el caso de la revolución rusa de 1905, para definir su contenido social en aquel sentido. Desde este mismo

punto de vista, encontramos errónea, de acuerdo con la observación de un compañero, la interpretación que Haya de la Torre hace de la gesta zapatista, suponiéndola síntesis socialista de la revolución mejicana (L.F.B. 1929: 2; el destacado es nuestro).

Pero ¿por qué se le efectúa esta crítica? Una opción posible, ya que las caracterizaciones como revolución democrático-burguesa son posteriores a la Conferencia Comunista en Buenos Aires (junio 1929), es que Mariátegui haya modificado su opinión tras los comentarios que los delegados peruanos, Hugo Pesce y Julio Portocarrero,⁶ recibieron de sus camaradas.

En esta línea, conviene detallar las posiciones que sobre este punto sostuvieron los peruanos en la conferencia. Su primera intervención, en la lectura que realizó Hugo Pesce del informe “El Problema de las razas en la América Latina”, redactado por Mariátegui, era una crítica a la consigna sobre el carácter democrático-burgués del movimiento revolucionario en Perú:

Nosotros creemos que entre las poblaciones ‘atrasadas’, ninguna como la población indígena incásica, reúne las condiciones tan favorables para que *el comunismo agrario primitivo*, subsistente en estructuras concretas y en un hondo espíritu colectivista, *se transforme*, bajo la hegemonía de la clase proletaria, en *una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista* preconizada por el comunismo marxista (SSA de la IC 1929: 279; el destacado es nuestro).

Esta perspectiva, sugerente de un “salto al socialismo” a partir de los “elementos de socialismo práctico”⁷ presentes en la formación social peruana, aparece también en otro informe titulado “Punto de vista antiimperialista”, donde Mariátegui después de homologar revolución antiimperialista y revolución socialista, se pregunta “¿hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semicoloniales...?” (SSA de la IC 1929: 149). En este informe, el Amauta descrece totalmente de cualquier postura nacionalista de la burguesía y la pequeña burguesía, con lo cual desechara cualquier alianza posible en la lucha contra el imperialismo para los países de Sudamérica. Incluso pone como ejemplo el caso mexicano para señalar la imposibilidad de que estos sectores sociales generen una política antiimperialista genuina.⁸ La percepción del APRA como enemigo interno radicaliza su discurso contra la pequeña burguesía, aún más crítico que el de las visiones oficiales que sostienen los representantes de la Internacional Comunista.

De cualquier modo, discusiones similares ya habían tenido lugar en el VI Congreso⁹, y los peruanos se amparaban en algunas de sus resoluciones para defender esta postura:

El VI Congreso de la Internacional Comunista ha señalado una vez más la posibilidad para pueblos de economía rudimentaria, de *iniciar directamente una organización económica*

⁶ Mariátegui no asistió a ninguno de los encuentros por su deteriorado estado de salud.

⁷ Para una proyección en la teoría y en la praxis de la izquierda latinoamericana de la noción de “elementos de socialismo práctico”, véase Mazzeo (2009).

⁸ “Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui” (SSA de la IC 1929: 275).

⁹ Un análisis detallado de los debates sobre la revolución mexicana en el VI Congreso puede leerse en Guevara (2010).

colectiva, sin sufrir la larga evolución por la que han pasado otros pueblos (SSA de la IC 1929: 279; el destacado es nuestro).

Pero sus argumentos hubiesen adquirido mayor legitimidad si la *Correspondencia Sudamericana*, revista del Secretariado Sudamericano de la Internacional, en su afán por resaltar el carácter semicolonial de los países latinoamericanos no hubiese omitido una parte fundamental de las tesis del VI Congreso. Nos referimos a la descripción de los “países todavía más atrasados”:

[...] en esos países la lucha por la emancipación nacional tiene una importancia central. La insurrección nacional y su triunfo pueden en este caso desbrozar el camino que conduce al desarrollo en sentido socialista, *sin pasar en general por el estadio capitalista*, si, en efecto, los países de la dictadura del proletariado conceden su poderosa ayuda (Internacional Comunista 1977: 288; el destacado es nuestro).

La inclusión de este matiz en las tesis del VI Congreso era producto de las discusiones que se habían suscitado durante sus sesiones, específicamente en las jornadas dedicadas a la discusión sobre el problema del movimiento revolucionario en las colonias. Allí la posición sostenida por Travin (PCUS) era cercana a lo que estaban planteando los peruanos en Buenos Aires. Para el comunista ruso,

En algunos países atrasados con orden social feudal, el capitalismo en forma de concesiones, de importaciones y de inversión puede estar muy desarrollado. Esto no significa en absoluto que las colonias no estén en condiciones de *saltear la fase de la revolución capitalista* puesto que no tienen un régimen burgués [...] Allí reside la diferencia, la enorme *diferencia teórica entre estos países y la India o China*, donde existe una burguesía nacional. A diferencia de ellos, en América Latina donde no existe o casi no existe una burguesía indígena la lucha de los trabajadores y de los campesinos contra el imperialismo adopta un carácter que no es solamente de liberación nacional sino también de lucha de clases. Esa lucha, por su carácter clasista, adquiere por lo mismo un *carácter socialista* (Internacional Comunista 1977: 326-330; el destacado es nuestro).

Este posicionamiento fue abiertamente condenado por Droz, quien también había sido su oponente en las polémicas del VI Congreso. Al respecto, afirmó Droz en Buenos Aires:

Con la excepción del camarada *Gussew (Travin)* que ha realizado estudios de alto vuelo sobre el movimiento revolucionario latino americano y que *considera la revolución mexicana como de tipo socialista* elemental y proletario, todos estamos de acuerdo en el presente, para caracterizar el movimiento revolucionario de América Latina, como de tipo democrático-burgués antiimperialista (SSA de la IC 1929: 80; el destacado es nuestro).

Más adelante continuó:

Nuestra tarea es defender esos movimientos contra el imperialismo que quiere sofocarlos; pero también trabajar en el seno de los movimientos para apoderarnos del movimiento de masas de los obreros y los campesinos y orientarlo en el camino de la revolución democrático-burguesa, susceptible de transformarse en revolución proletaria. No ver más que la primera tarea, el primer aspecto del problema, es caer en el oportunismo más peligroso; no ver más

que la segunda, sería desconocer la época histórica en que vivimos y el papel de los movimientos de independencia nacional, de los campesinos por la posesión de la tierra, etc., en el proceso de la revolución social internacional (SSA de la IC 1929: 91).

Es posible que aclaraciones de este tenor hayan impulsado a los peruanos a cambiar de posición. Probablemente la delegación asistió a la Conferencia con el fantasma de la acusación respecto a algún tipo de connivencia con el APRA, lo que determinó una radicalización de las posiciones contra la pequeña burguesía. Más tarde, al interiorizarse en torno a los matices del debate, habrían aceptado cambiar la etiqueta de revolución socialista por la de revolución democrático-burguesa. Esta explicación resulta totalmente congruente con el espíritu de Mariátegui, para quien “un programa no es anterior a un debate sino posterior a él” (Mariátegui 1984d: 224).

Sin embargo, rotular la Revolución Mexicana como democrático-burguesa no implicaba necesariamente caracterizar de esta forma al movimiento revolucionario en América Latina. En el pensamiento de Mariátegui, la Revolución Mexicana había tomado de hecho un curso democrático burgués que él describía como reaccionario. Por el contrario, su caracterización de la revolución latinoamericana como socialista durante la conferencia era de carácter proyectivo, una apuesta a procesos que podrían abrirse en el futuro más que a revoluciones ya iniciadas.

Por otra parte, al Amauta y a sus compañeros del Partido Socialista Peruano les parecía fundamental admitir la heterogeneidad de los casos nacionales en América Latina. En este punto, sostuvieron un fuerte enfrentamiento con Victorio Codovilla, secretario general del Partido Comunista de la Argentina y a su vez del Secretariado Sudamericano de la Internacional. En palabras de Codovilla, quien insistió en numerosas ocasiones sobre esta cuestión:

Indiscutiblemente, toda táctica debe ser adaptada a las condiciones particulares de cada país ¿pero es que las condiciones del Perú se diferencian fundamentalmente de las del resto de los países de América Latina? ¡Absolutamente no! Se trata de un país semicolonial, como los otros (SSA de la IC 1929: 187).

Por el contrario, los delegados del Perú argumentaban:

En el sector del Perú esta economía está poco desarrollada y si la fábrica es la formadora de la consciencia de clase del proletariado, es lógico que éste tenga una consciencia política poco desarrollada. De aquí deducimos que las directivas que para nuestros países implanta el Secretariado Sudamericano de la IC tienen que ser diferentes porque diferentes son las condiciones de cada región (SSA de la IC 1929: 153).

Por eso, observaban que mientras en Perú se daba la situación descrita anteriormente, otro era el contexto mexicano:

En lo referente a México, esa educación política tan elevada del proletariado y de las masas campesinas tiene su origen en que las luchas civiles han servido para esa misma educación, a pesar de que se ha realizado no con la tribuna, el folleto o el periódico sino en el campo de batalla. Es diferente a los países que he citado en primer término [se refiere a Argentina, Uruguay y Brasil], pero es más elevado el grado de cultura política (SSA de la IC 1929: 153).

En concreto, cada caso nacional requería de un análisis concreto de su realidad social, económica, política y racial para definir el carácter del movimiento revolucionario. En esta línea, y justamente en diálogo con Vasconcelos, uno de los intelectuales más vinculados a la Revolución Mexicana en el período que nos ocupa, Mariátegui brindaba su posición sobre los vínculos entre los proyectos y la realidad

Vasconcelos coloca su utopía demasiado lejos de nosotros. A fuerza de sondear en el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente. Conocemos y admiramos su fórmula, “Pesimismo de la realidad; optimismo del ideal”. Pero observando la posición a que lleva al que la profesa demasiado absolutamente, preferimos sustituirla por esta otra “Pesimismo de la realidad, optimismo de la acción”. No nos basta condenar la realidad, queremos transformarla. Tal vez esto nos obligue a reducir nuestro ideal; pero nos enseñará, en todo caso, el único modo de realizarlo. El marxismo nos satisface por eso: porque no es un programa rígido sino un método dialéctico (Mariátegui 1986a: 52-53).

Reflexiones finales

Al inicio, hemos registrado cómo el proceso mexicano incidió en la experiencia de toda una generación de intelectuales latinoamericanos quienes, también estimulados por la Revolución Rusa y la Reforma Universitaria, sintieron lo que Perry Anderson ha denominado la proximidad imaginativa de la revolución (Funes 2006: 14). Así, para Mariátegui, como para una buena parte de la primera generación de intérpretes sobre la Revolución Mexicana, el proceso abierto en México a partir de 1910 fue una revolución social.

Pero, más allá de este diagnóstico generacional, su interpretación sobre la Revolución Mexicana fue modificándose. Por supuesto, estas fluctuaciones también se registraron en el curso efectivo de los distintos gobiernos mexicanos, ya que no podríamos equiparar política o ideológicamente las consignas de Madero, los avances de la Constitución de 1917, las medidas del gobierno de Obregón y el período abierto con el Maximato. En este punto es remarcable, por ejemplo, la visión satisfactoria que Mariátegui mantenía sobre Obregón en comparación con la de sus camaradas latinoamericanos, para quienes la Revolución Mexicana había iniciado un rumbo reaccionario a partir de su segunda etapa en el poder, giro que el Amauta recién marcará a partir del ascenso de Portes Gil. Sin embargo, ¿por qué Mariátegui tenía una visión positiva de Madero en 1924 y otra condenatoria en 1930?

Como en el pensamiento de cualquier simpatizante de un movimiento internacionalista como el comunista, las ideas de Mariátegui se veían influenciadas tanto por la situación peruana y latinoamericana como por el curso del proceso revolucionario mundial. Entonces, así como la Revolución Rusa será clave para identificar al proceso mexicano con una revolución social, la Revolución China será muy importante a la hora de definir su carácter democrático-burgués. Mariátegui mantenía un lazo crítico con la Internacional Comunista, pero también aceptaba mucho de sus lineamientos tácticos, de hecho pretendía incorporarse a la organización junto con su partido (Ferreyra 2008).

En esta línea, si bien tanto la instalación del aprismo como la ruptura de Mariátegui con Haya de la Torre pueden considerarse parte del proceso de traductibilidad nacional de la Revolución Mexicana a la realidad peruana, es imposible no reconocer en el último episodio la incidencia de los giros tácticos de la Internacional Comunista. Por lo tanto, si bien la ruptura con el APRA es central en su caracterización del proceso mexicano, la

propia cronología de los hechos muestra como se va construyendo la cadena de influencias: ruptura del Kuomintang (1927), ruptura con el APRA (1928), identificación de la Revolución Mexicana como democrático burguesa (1929). No obstante, resulta muy difícil distinguir entre aquellas experiencias que funcionaron como modelo para la imposición de estos giros y aquellas que se esgrimieron como ejemplo para comprobar una línea política. En este caso, resulta probable que tanto las declaraciones de Haya de la Torre en 1927 durante el congreso antiimperialista de Bruselas como la creación del Maximato en México hacia 1929, si bien no fueron impulsoras del cambio, sirvieron como elementos para la rápida aceptación de una condena a la pequeña burguesía como sujeto de la lucha antiimperialista en América Latina. En este punto, observamos como la opinión de Mariátegui, mediada por la experiencia de contacto directo con el aprismo, fue aún más intransigente que la de las voces oficiales de la Internacional.

El caso de la interpretación mariateguiana sobre el carácter de la Revolución Mexicana es otra muestra de que Mariátegui no era un *outsider* de la Internacional Comunista. De cualquier modo, diversos indicios nos permiten sospechar que el alineamiento final con las caracterizaciones de la Internacional responde a la relativa lejanía respecto a la realidad mexicana en este aspecto. Mariátegui no muestra la misma adaptación para aceptar las consignas del Comintern cuando su postura está anclada en el análisis marxista de la situación concreta del Perú. Un ejemplo específico sería su inflexibilidad en torno a la modificación del nombre de Partido Socialista Peruano a Partido Comunista de Perú, exigida por el Secretariado Sudamericano, según reza la condición N° 17 establecida por Lenin para la admisión de los partidos a la Internacional Comunista. Un argumento similar podría esgrimirse para comprender la persistencia en torno a la caracterización de otras dimensiones de la Revolución Mexicana, tal como el factor religioso, en cuyo análisis no hemos podido profundizar en este trabajo. En este ámbito, el Amauta encontró un substrato comparativo entre México y Perú, a partir por ejemplo de la “espiritualidad indígena” y la “emoción revolucionaria de Indoamérica”, lo cual lo impulsó a sostener una visión alternativa a la de la religión como el opio de los pueblos. Si en este aspecto Mariátegui superó la externalidad del proceso mexicano, dicha situación no se registra para el análisis que efectúa sobre el carácter de la revolución, pues considera que las realidades peruana y mexicana son heterogéneas en lo que respecta al nivel de desarrollo de su economía y la conciencia de sus masas.¹⁰

En definitiva, su concepción del marxismo como brújula y no como un rígido cuerpo de doctrinas será, sin dudas, su principal arma frente al camino monolítico que comenzaba a transitarse en el movimiento comunista latinoamericano.

Bibliografía

- Beigel, Fernanda (2003): *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*. Buenos Aires: Biblos.
- (2006): *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Buenos Aires: Biblos.

¹⁰ La tensión entre una visión esencialista y otra materialista de lo racial como rasgo de la obra mariateguiana ha sido señalada recientemente por De Castro (2010).

- Brum, Blanca Luz (1929): “Descomposición del APRA”. En: *Correspondencia Sudamericana*, 18, 20 de septiembre, pp. 23-24.
- De Castro, Juan (2010): “¿Fue José Carlos Mariátegui racista?”. En: *A Contracorriente*, 7, 2, pp. 80-91, <http://www.ncsu.edu/accontracorriente/winter_10/index.htm> (01.12.2010).
- Falcón, Jorge (1980): *Mariátegui: la Revolución Mexicana y el Estado “anti”-imperialista*. Lima: Amauta.
- Ferreyra, Silvana (2008): “La libertad del dogma. Un análisis del proyecto mariateguiano a la luz de sus vínculos con la Internacional Comunista”. En: *Boletín 7 ensayos, 80 años*, 5, pp. 23-27.
- Funes, Patricia (2006): *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Guerra Manzo, Enrique (2006): “Pensar la revolución mexicana: tres horizontes de interpretación”. En: *Secuencia. Revista de Historia y ciencias sociales*, 64, enero-abril, pp. 50-78.
- Guevara, Gustavo (2010): “La revolución mexicana y la ‘reacción clerical’ en el VI Congreso de la Internacional Comunista”. En: *Actas de II Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba (CD-Rom sin paginar).
- Hajek, Milos (1977): “La táctica de la lucha de ‘clase contra clase’ en el VI Congreso”. En: *Internacional Comunista: Actas VI Congreso de la Internacional Comunista (1928)*. México: Siglo XXI/Cuadernos de Pasado y Presente, 10-15.
- Internacional Comunista (1977): *Actas VI Congreso de la Internacional Comunista (1928)*, México: Siglo XXI/Cuadernos de Pasado y Presente.
- L.F.B (1929): “Reseña de ‘La revolución mexicana’ por Luis Araquistain”. En: *Labor*, 8, 1 de mayo, p. 2.
- Mariátegui, José Carlos (1984a): “México y la revolución”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 284-286. [Orig. en: *Varietades*, 5 de enero de 1924.]
- (1984b): “La unidad de la América indoespañola”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 281-284. [Orig. en: *Varietades*, 6 de diciembre de 1924.]
- (1984c): “La reacción en México”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 286-289. [Orig. en: *Varietades*, 7 de agosto de 1926.]
- (1984d): “Indigenismo y socialismo”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 223-226. [Orig. en: *Mundial*, 25 de febrero de 1927.]
- (1984e): “Obregón y la revolución mexicana”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 289-191. [Orig. en: *Varietades*, 21 de julio de 1928.]
- (1984f): “Portes Gil contra la CROM”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 291-293. [Orig. en: *Varietades*, 19 de enero de 1929.]
- (1984g): “La revolución mexicana por Luis Araquistain”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 293-298. [Orig. en: *Varietades*, 11 de septiembre de 1929.]
- (1984h): “La lucha eleccionaria en México”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 298-299. [Orig. en: *Mundial*, 27 de septiembre de 1929.]
- (1984i): “Al margen del nuevo curso de la política mexicana”. En: *Obra política*. México: Era, pp. 299-303. [Orig. en: *Varietades*, 19 de marzo de 1930.]
- (1986a): “‘Indología’ por José Vasconcelos”. En: *Temas de Nuestra América*. Lima: Amauta, pp. 51-55. [Orig. en: *Varietades*, 22 de octubre de 1922.]
- (1986b): “La guerra civil en México”. En: *Temas de Nuestra América*. Lima: Amauta, pp. 30-32. [Orig. en: *Varietades*, 15 de octubre de 1927.]
- (1986c): “Orígenes y perspectivas de la insurrección mexicana”. En: *Temas de Nuestra América*. Lima: Amauta, pp. 39-41. [Orig. en: *Varietades*, 27 de marzo de 1929.]
- Mazzeo, Miguel (2009): *Invitación al descubrimiento. José Carlos Mariátegui y el socialismo de Nuestra América*. Lima: Minerva.
- Melgar Bao, Ricardo (1982): “La revolución mexicana en el movimiento popular- nacional de la región andina”. En: *Boletín de Antropología Americana*, 6, pp. 85-103.

- Pavletich, Esteban (1929a): “La revolución mexicana ¿revolución socialista?”. En: *Amauta* 26, septiembre, pp. 57-67.
- (1929b): “Una nueva concepción del Estado”. En: *Correspondencia Sudamericana*, 22, 1 de diciembre, pp. 10-13
- Rabines, Eudocio (1929): “El thermidor mexicano”. En: *Amauta*, 24, junio, pp. 90-91.
- SSA de la IC (1927): “El partido Comunista y el Kuomintang”. En: *Correspondencia Sudamericana*, 29, 15 de agosto, pp. 22-23.
- SSA de la IC (1929): *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Iª Conferencia Comunista latinoamericana*. Buenos Aires: SUDAM.
- Yankelevich, Pablo (1997): “En legítima defensa. Las huellas de la revolución mexicana en Sudamérica, 1915-1930”. En: *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, 2, 3, pp. 49-71.
- (2003): *La Revolución Mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*. México: Instituto Mora.
- (2006): “América Latina en la agenda diplomática de la revolución mexicana”. En: Schiavon, Jorge/Spenser, Daniela/Vázquez Olivera, Mario (eds.): *En busca de una nación soberana. Relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*. México: CIDE-SER, pp. 277-312.